

Los ministros españoles aparecen como cómplices de estos planes, encargando únicamente á los conjurados no caminasen demasiado aprisa. El *Observador español*, periódico afecto al gobierno de Madrid, anunciaba positivamente que la emperatriz María Luisa sería invitada á presidir la regencia. Si la invasión se verifica, decía el expresado periódico, veremos cosas sorprendentes.

Un hombre fue preso en Perpignan, y se le hallaron muchos ejemplares de una proclama y un manifiesto en que el partido acaba de poner en evidencia su pensamiento. Hé aquí estos dos documentos que por sí solos desvanecen todas las dudas, si acerca del particular pudieran abrigarse. Los tomamos textualmente del *Monitor* con algunas reflexiones de este periódico.

Al gran cuartel general del ejército de los hombres libres, en los montes Pirineos, en 1823.

«Franceses :

«No está lejana la época en que fuisteis llamados por los destinos de las grandes naciones, á enseñar á vuestra vez al mundo entero lo que puede en las grandes almas el amor de la patria y de la independencia nacional; vosotros combatisteis sin cesar con buen éxito la hidra del despotismo armada en contra vuestra, en un solo día, en todos los pueblos de Europa; pero en vano las hordas del Norte, en vano las maniobras maquiavélicas de la soberbia Albion intentaron cansar vuestra constancia y vuestro valor; vosotros asombrásteis con repetidos prodigios de valor á los perversos que se habían lisonjeado, en su orgullo, con la idea de que les bastaría presentarse para imponeros el yugo, y someteros de nuevo al poder feudal; vosotros respondisteis á sus sacrilegos gritos de deber y sumisión, con los gritos sagrados de libertad y patria; vivir libres ó morir, fue vuestra divisa, y ella os condujo siempre por los senderos de la gloria; vivisteis, y vuestros enemigos palidecieron, y el fanatismo y el feudalismo rompieron sus teas y sus cadenas en la sangrienta desesperación de la rabia y la muerte.

«Asombroso espectáculo sería para las presentes y las futuras generaciones, el veros hoy convertidos en ciego instrumento de la tiranía, contra una nación no menos grande que generosa, y que admiradora mucho tiempo de vuestras virtudes, ha resuelto seguir vuestras huellas! ¡Franceses! Nosotros corremos hácia vosotros, no como enemigos, sino como hermanos. Estamos unos en frente de otros y armados. ¿Quién es aquel de vosotros, si se honra con el nombre de francés, que no se estremecerá antes de lanzar el fuego mortífero, que sea cual fuere el punto contra que se dirija, no puede dejar de herir á un hombre libre?

«Las naciones extranjeras, despues de haberse esforzado por oscurecer vuestra gloria, que ni siquiera han podido empañar, se atreven á imponeros la vergüenza y el deshonor. Vencedores de Fleurus, de Jena, de Austerlitz y Wagram, ¿cederéis á sus pérdidas insinuaciones? ¿Sellareis con vuestra sangre la infamia de que se pretende cubrirnos, y la esclavitud de toda Europa? ¿Obedecereis la voz de los tiranos, para combatir contra vuestros derechos, en lugar de defenderlos, y no vendreis á nuestras filas sino para traer á ellas la destrucción y la muerte, cuando os están abiertas por la santa libertad, que os llama desde lo alto de la bandera tricolor que ondea en las cimas de los montes Pirineos, y con cuya sombra desea ansiosa cubrir una vez mas vuestras nobles frentes que ostentan tantas honrosas cicatrices?

«Valientes de todas las armas del ejército francés, que aun conservais en vuestros pechos la centella del fuego sagrado! A vosotros hacemos un generoso llamamiento; abrazad con nosotros la magestuosa causa

de los pueblos contra un puñado de opresores; la patria, el honor, vuestro propio interés lo reclaman de vosotros; ¡venid! que en nuestras filas hallareis todo lo que constituye la fuerza, y además, patriotas y compañeros de armas que juran defender hasta la última gota de su sangre, sus derechos, la libertad y la independencia nacional.

«*Viva la libertad! ¡Viva Napoleon III! ¡Vivan los valientes!*»

Al gran cuartel general del ejército de los hombres libres, en los montes Pirineos, en 1823.

MANIFIESTO Á LA NACION FRANCESA.

«¡Franceses :

Las potencias extranjeras proclamaron en 1815 á la faz de Europa, que solo se habían armado contra Napoleon; que deseaban respetar nuestra independencia y el derecho que tiene toda nación de elegir un gobierno conforme á sus costumbres é intereses.

No obstante, con desprecio de una declaración tan formal, la fuerza armada invadió nuestro territorio, ocupó nuestra capital, y nos impuso la ley de adoptar sin elección, el gobierno de Luis Javier Estanislao de Francia. A consecuencia de tamaño atentado contra la soberanía de la nación, se nos dió ilegalmente un simulacro de constitución con el nombre de carta constitucional, y el mismo poder que nos obligó á aceptarla, ha neutralizado abiertamente en lo sucesivo todos sus efectos.

El odio declarado contra Napoleon, no fue mas que un pretexto de que los soberanos de Europa se sirvieron para ocultar sus ambiciosas miras; la energía de la gran nación era un obstáculo demasiado grande para el restablecimiento del sistema general de despotismo, discutido en el gabinete del rey; era preciso prolongar su acción, y el único medio de conseguirlo era empezar reduciéndola, y luego engañarla y someterla: sobre estas bases ya establecidas, descansó el gran consejo de los soberanos, llamado *Santa Alianza*, que solo puede explicarse por estas palabras: *coalición de los tiranos contra los pueblos*. La invasión de la Polonia, la de Italia, y las calamidades que deplora la España desde el regreso de Fernando, y amenazada á su vez de una invasión, son una consecuencia de este principio.

«POR ESTOS MOTIVOS,

Vistos los últimos actos de la cámara de los representantes del pueblo francés del mes de julio de 1815;

Vista la ley relativa á los derechos de la nación francesa, del citado mes, y las constituciones del Estado, que llaman al trono de la Francia á Napoleon II;

Vista la declaración de los mismos representantes en la sesión del 5 de julio relativamente á los derechos de los franceses y los principios fundamentales de su constitución, en virtud de la cual todos los poderes emanan del pueblo, puesto que la soberanía del pueblo se compone de la reunión de los derechos de todos los ciudadanos;

Vista igualmente la declaración de la cámara de los representantes, de dicho día, que establece que el gobierno francés, sea cual fuere su jefe, debe reunir todos los votos de la nación legalmente emitidos, y que un monarca no puede ofrecer garantías positivas si no jura observar una constitución deliberada por la representación nacional y aceptada por el pueblo; que todo gobierno que no tenga otro título que las aclamaciones y las simpatías de un partido ó que sea impuesto por la fuerza; que todo gobierno que no adopte los colores nacionales, arrastrará una existencia efímera y no asegurará la tranquilidad de la Francia ni la de Europa.

Que si las bases establecidas en esta declaración pudiesen ser desconocidas ó violadas, los represen-

tantes del pueblo francés, cumpliendo un deber sagrado, protestan de antemano á la faz del mundo entero, contra la violencia y la usurpación; confían el mantenimiento de las disposiciones que proclaman á todos los buenos franceses, á todos los corazones generosos, á todos los espíritus ilustrados, á todos los hombres amantes de su libertad, y en fin, á las futuras generaciones.

Nosotros, los infrascriptos, franceses y hombres libres, reunidos en la cumbre de los Pirineos y en el suelo francés, miembros del consejo de regencia de Napoleon II, protestamos contra la legitimidad de Luis XVIII, y contra todos los actos de su gobierno que atenten á la libertad é independencia de la nación francesa.

En consecuencia, declaramos anti-nacional todo atentado emanado de Luis XVIII ó de su gobierno contra la independencia de la nación española.

«¡Franceses! Un hombre generoso se ha atrevido á hacer llegar hasta el trono estas memorables palabras: *¡Los pueblos se levantan de las grandes caídas!* Estas palabras han resonado en toda la Francia, y ha sonado al fin la hora en que esta profecía debe cumplirse. ¡Franceses! ¡Obedecereis la voz de los tiranos que quieren sellar con vuestra sangre el oprobio y la infamia de que pretenden cubrirnos, para castigarnos por haber sido grandes, y por haber llevado en el siglo XVIII los primeros gérmenes de su libertad á todos los puntos de Europa? ¡No! Vosotros cedereis á la voz mas poderosa que habla en vuestros magnánimos corazones y os manda reuniros á nosotros bajo las sagradas banderas del honor, y en las que se lee la brillante divisa de *libertad, gloria y patria*.

«¡Franceses! No desconocéis las intenciones de la Santa Alianza; recordad que en 1792 enseñásteis á la Europa atónita lo que puede una nación que ama la libertad. Nosotros os traemos de nuevo el estandarte tricolor, señal de vuestro despertar, en el mismo momento en que desde las cimas de los Pirineos muchas almas fuertes y muchos brazos robustos lanzan la bomba liberal que va á hacer temblar á los reyes absolutos sobre sus tronos ya conmovidos por la justicia de la opinión pública. Uníos á nosotros para concurrir á honrar de nuevo el orden social. Desde el gran cuartel general del ejército de los hombres libres, os hacemos una llamada unánime. Venid, que aquí solo encontrareis amigos y hermanos, que juran no reconocer y no proclamar como el mas poderoso rey de Europa, sino al monarca mas constitucional. ¡Tales son la fuerza y la voluntad de las luces del siglo!

«*Los miembros del consejo de regencia de Napoleon II.*»

A continuación de este último documento impreso, se encuentra manuscrito y en forma de instrucción la nota siguiente:

«*Nota.* El presente manifiesto no verá la luz pública, ni tampoco la proclama al ejército, sino al romperse las hostilidades, y solo entonces se publicaran los nombres de los firmantes, pues sería impolitico dar publicidad á estos dos documentos antes de dicha época. Conviene, sin embargo, que las sociedades secretas tengan noticia de ellos, á fin de que obren en el mismo sentido que nosotros, y preparen desde hoy en el interior de la Francia los elementos conducentes al efecto.»

«Despues de insertar estos documentos, el *Monitor* añade:

«¿Se desea mayor evidencia?

Faltaba todavía la última prueba de las conspiraciones, y esta prueba la tenemos ya. La acción debía seguir á la palabra, para patentizar á todo el mundo la sabiduría de nuestras precauciones y la legitimidad de nuestra defensa. Todo el mundo sabe que una turba de tráfugas espera á nuestros soldados á la vanguardia del ejército de Mina; sabemos que un destá-

camento de esa tropa había salido de Bilbao al grito de *¡Viva Napoleon II!* y llevando el uniforme de la guardia del ex-emperador. En fin, ¿contra quién se ha disparado en España el primer cañonazo? Contra unos hombres que gritaban *¡Viva Napoleon III!* ¿Cuál es la primera enseña enemiga que hemos encontrado? El águila y la bandera tricolor.

«Estos hechos nunca podran ser destruidos por los sofismas revolucionarios. Nuestro derecho de tomar las armas para combatir una facción que pretende hundirnos de nuevo en el abismo, está demasiado patente, á no ser que se quiera que un gobierno se deje destruir estúpidamente y que espere su caída para demostrar que estaba en peligro.»

«Este manifiesto, como en otro tiempo el del duque de Brunswick, era terminante y no dejaba libertad de elección. Yo no necesitaba en verdad de esta provocación directa para decidirme por la guerra; pero de todas maneras es útil á la historia reunir estos hechos diseminados, pues si en un tiempo dado se recuerdan todavía cosas que se borran, la posteridad sabia por lo menos que el trono de los Borbones tenia todas las razones de porvenir y todos los motivos de actualidad para atacar y defenderse. No puede sufrirse tanta jactancia tan poco sostenida. Pero cuando la Inglaterra decía que no veía *claramente* de qué teníamos por qué quejarnos; que se alegraría de que le explicásemos nuestros agravios y que compareciésemos con la España ante su tribunal paternal, me sentía tentado á arrojarle al rostro la maza de hierro de Clovis.

No mencionaré las tres violaciones del territorio francés antes de la declaración de la guerra, y que hubieran bastado ciertamente para legitimar esta declaración; esas violaciones demostraban el desprecio en que había caído la legitimidad, puesto que hasta los españoles no temían insultarla (1); forzoso, pues, nos era desvenar la espada ó morirnos de vergüenza.

Y sin embargo, ¿cómo obrar? ¡A qué de peligros no teníamos que hacer frente! El ejército del rey estaba trabajado en todos sentidos. Cuando la guerra se hizo mas probable, los complots se aplazaron hasta el primer fusilazo, en la persuasión de que, una vez al frente de las tropas constitucionales de las cortes, sería mas fácil producir un movimiento entre los soldados franceses. De esto recibia avisos á cada instante; algunas personas que tomaban parte en la conspiración general, pero que me conservaban un afecto particular, no cesaban de escribirme: me pedían citas y me decían: «Segun parece no veis lo que pasa; ¿no veis que este ejército reunido por vos es vuestro enemigo; que estamos seguros del triunfo; que nos reimos al ver que os perdeis como un niño, y que nos burlamos de vuestra candidez? ¿No sabeis que tal general os vende, que tal otro está engañado, y que se le induce á que os sirva para perderos? Nadie quiere ya la restauración; los aliados están secretamente de nuestra parte; la Inglaterra nos es favorable, y se declarará en el momento que pongais el pié en España. Dejad pronto todo esto; presentad vuestra dimisión; alejaos del peligro, puesto que aun es tiempo, y dejad perecer un buque viejo que va á anegarse bajo vuestros piés.»

«Capitan, no de nombre sino de hecho, quise perecer con el buque y ser el último que permaneciese en él; pero no hice uso alguno de estos avisos contra los que me los daban; persuadido como lo estoy de que no se salva un Estado con medidas de policía. De todos modos, preferia jugar el todo por el todo en favor de la restauración, que vivir atormentado por continuos temores: yo decía de la monarquía de Enrique IV lo que este monarca decía de su persona: «Solo se muere una vez.»

(1) El orgullo nacional del autor traspasa algunas veces los límites de la grosería y raya en lo grotesco.

Los hechos contenidos en el informe de M. Marchangy acerca de las sociedades secretas no pueden ser tenidas por fábulas, hoy que se confiesa su existencia y se hace alarde de ser conspirador. Sabemos por un apreciable diputado que por aquel tiempo pertenecía á las Ventas, que en el momento en que vió la luz pública el informe de M. Marchangy, pareció tan exacto á los asociados, que condenaron á muerte al autor. La persona por quien sabemos estos pormenores se opuso á la ejecución de la sentencia (1). No soy yo quien, al oír los martillazos, viendo levantar el cadalso y aprestar la máquina de muerte, era bastante benévolo para dar crédito á los benignos iniciados cuando decían: «¿Conspiraciones? ¡Qué necedad! Nadie piensa en conspirar; nadie ataca la legitimidad. Lo que os infunde miedo es un teatro que se dispone para una presentación de figuras de movimiento.»

Yo no amaba ni admiraba á los *Fantocini* de 1793. Pero si es cierto que existían estas conspiraciones antes de la guerra de España, también lo es que cesaron con esta guerra. Las fanfarronadas después de las jornadas de julio acerca de la comedia de los quince años, son satisfacciones de hombres que se creen seguros; en el momento de la caída de la legitimidad nadie conspiraba; ella se precipitó á sí misma con la mayor espontaneidad. ¿No tomó á la cámara en 1830 por una cámara de enemigos? No se trataba sino de elegir á tres ó cuatro hombres que rabiaban por ser ministros; y que para serlo tenían los talentos necesarios. Hé aquí lo que la legitimidad nunca ha querido comprender: la susceptibilidad harto natural de sus desgracias la obliga hoy á admitir la existencia de conspiraciones imaginarias que la consuelan y la excusan.

Es preciso distinguir las fechas: en el mismo grado en que las maquinaciones se vieron desconcertadas al fin de la guerra de España, eran amenazadoras al principio de esta guerra. Estoy persuadido de la existencia de la conspiración cuyos vestigios indicó el envío del águila á Bayona; era falsa relativamente á las elevadas personas á quienes se quería atribuir, habiéndose servido de su nombre respetable; era verdadera en cuanto á la realidad de su existencia, y se obró prudentemente al no profundizarla. El cañonazo del Bidasoa cambió las conciencias, porque el peso de una bala venturosa no está de mas hacia el lado de la fidelidad. Los franceses que prometían la proclama se presentaron en las orillas del Bidasoa: engañados por la fortuna y por sus amigos, habían esperado ver la bandera blanca bajarse ante la bandera tricolor, y los siglos inclinarse ante su juventud. Si aquellos hombres llenos de energía, entre quienes encontré después un amigo, cayeron en un encuentro funesto, no fue sin honor, porque el honor se acrecienta con la adversidad. No decimos que aquellos á quienes la fatalidad arrastra á pelear contra su patria, son unos miserables, puesto que en todos tiempos y en todos los países, desde los griegos hasta nosotros, todas las opiniones se han apoyado en fuerzas que podían asegurarles su triunfo. Un día se leerán en mis *Memorias* las ideas de M. de Malesherbes acerca de la emigración. No conocemos en Francia un solo partido que no haya tenido hombres en suelo extranjero, entre los enemigos, y marchando contra la Francia. Benjamin Constant, ayudante de campo de Bernadotte, servía en el ejército aliado cuando entró en París, y Carrel empuñó las armas en las filas españolas. La causa no cambia la cuestión; con la causa se justificaria todo; cuando se dice que se combate por la libertad ó por el orden, siempre se incurre en un error, ó siempre se tiene razón.

(1) Véanse además, por lo que respecta á las *Sociedades secretas*, las confesiones de M. Andrijanc, al principio del primer tomo de su interesante obra titulada: *Memorias de un preso de Estado en el Spielberg.*

Cuestiones confundidas.—Objeciones contra la guerra de España.—Respuesta á ellas.—Estado de la península en el momento del paso del Bidasoa.

Los adversarios de la expedición de España han confundido constantemente dos cosas, la cuestión francesa y la cuestión española: aun cuando la segunda no hubiera sido resuelta tan felizmente como la primera, unos ministros franceses no eran responsables á la opinión francesa sino del honor y de la prosperidad de la Francia. Volveré á ocuparme de este asunto.

Tratábase de sublevar nuestros pueblos y nuestro ejército; era preciso optar entre una guerra y una revolución; la primera pareció menos dispendiosa: por una antigua experiencia se sabe ya que la gloria cuesta menos á los franceses que los infortunios.

La guerra no ha sido injusta; teníamos el derecho de emprenderla, porque nuestros intereses esenciales estaban en peligro.

No permita Dios que yo considere las calamidades de un Estado como cosa insignificante; malditos sean los hombres que violando el derecho de las naciones, obtuviesen la prosperidad de su país á expensas de la prosperidad de otro! Era un deber nuestro el evitar á los españoles los males inseparables de toda invasión militar. Nada me había ocultado á mí mismo: sabía que nuestros triunfos debían tener para el pueblo de Carlos V tantos inconvenientes como nuestros reveses; pero en último resultado, al salvarnos le librábamos del mayor de los azotes, de la doble tiranía demagógica y soldadesca. ¿Pudiera ponerse en duda esta verdad? ¿Hemos sido recibidos en Madrid como enemigos ó como libertadores?

¿Cuál era el estado de la península al momento del paso del Bidasoa? ¿Era acaso un país tranquilo y feliz al que íbamos á llevar el desorden, bajo el pretexto de ponernos en seguridad contra un mal imaginario? ¿No se extendía la guerra civil hasta las puertas de la capital? ¿No estaba en armas Cataluña? ¿No estaba amenazada de un sitio Valencia? ¿No estaba sublevado el reino de Murcia? ¿No se trababan combates en las calles de Madrid? La anarquía constituida, la insurrección en los campos reconocida como derecho, el heredero del trono puesto en acusación, las cárceles forzadas, los presos degollados, las propiedades invadidas, los sacerdotes deportados ó ahogados, los ciudadanos desterrados, los clubs predicando la matanza y el terror, las sociedades secretas removiendo y corrompiendo todo, las colonias perdidas, la marina destruida, la deuda nacional aumentada de una manera espantosa: hé aquí la España bajo el reinado de las cortes.

¿Direis que importaban poco la acusación del heredero del trono, la matanza de los curas y todo lo demás? Según vosotros, el género humano debía marchar; tanto peor para los que fuesen arrojados al foso ó aplastados en el camino. Lo comprendemos. Pero yo, mandatario de la Francia, quería ante todo que la Francia marchase, y estas atrocidades llamadas útiles, la impedían marchar á su resurrección. Pero es el caso que lo que vosotros tomáis por un progreso, era una bajada á un pozo de sangre; ¡felices vosotros, si, habiendo salido de esta caverna de asesinatos, después de un siglo de esfuerzos, no inspiráseis horror! ¿Qué hemos ganado en 1793? El directorio, Bonaparte, la restauración, el mejor de nuestros tiempos de descanso, si hubiese sabido salvarnos salvándose á sí misma.

¿Hemos usado de nuestra influencia para dar instituciones á España?

Antes de tener tanto amor á las instituciones de los demás, preciso sería dárselas buenas á sí mismos y

no cambiarlas de ocho en ocho días. Hemos manifestado nuestra opinión respecto del pueblo español y respecto de su escasa estimación hacia nuestras libertades escritas y votadas; ¿convenía al gobierno francés hacerse propagandista de estas doctrinas, buenas á los ojos de unos, malas en concepto de otros, imitar á la Convención ó á Bonaparte, la una que derribaba repúblicas para hacer nacer la anarquía en el círculo de sus prisiones y cadalsos; el otro, que engendraba déspotas para multiplicar la tiranía en la extensión de sus campos de batalla?

Yo deseo á España lo que deseo á todos los pueblos: una libertad medida sobre el grado de educación de estos pueblos: la ilustre patria de tantos grandes hombres hallaría en el restablecimiento de sus antiguas cortes recursos inmensos. Un cuerpo político de lo pasado, paulatinamente modificado por las nuevas costumbres, me parecería bastante poderoso para proteger á los ciudadanos, crear la administración, fundar un sistema económico y devolver la fuerza á esta noble nación, agotada por su heroísmo. Sin embargo, la Francia no estaba llamada á decidir en esta materia; dichosa con sus propias libertades, no podía hacer otra cosa que predicar el ejemplo.

¿Hemos usado por lo menos del derecho de consejo? ¿Existe algún documento que pruebe la moderación de los principios en que el gobierno francés se ha mantenido respecto de la política interior de España?

La carta de Luis XVIII á Fernando os dará la respuesta. En materia de concepción y de prevision independiente, nadie puede acusarnos. El siglo avanza, la democracia aumenta sus fuerzas; y si los caracteres en decadencia pueden sufrirla, los reyes, al sonar la hora providencial, abdicaran voluntariamente ó se verán precisados á retirarse. Si los pueblos corrompidos, sin dejar venir los días y sin escuchar á nadie se precipitan de alto á bajo, lejos de caer en la libertad se abismaran en el despotismo, y por colmo de calamidades este despotismo no será permanente.

Es llamado el conde Lagarde.—Ministerio y periódicos españoles.

Tales fueron los antecedentes de la guerra de España: el entrar en el ministerio, escribiendo como es costumbre, cartas para anunciar á las diferentes cortes mi nombramiento, y para declararles también, según la costumbre establecida, que nada había cambiado en el sistema político de nuestro predecesor. Dirigi una palabra particular á M. de Gentz, pues conocía su influencia en el espíritu de M. de Metternich, y sabía que la principal contrariedad procedería para mí del gabinete de Viena.

Cumplidas estas formalidades diplomáticas, hice venir de Madrid al conde de Lagarde, que, habiéndose puesto en camino el 30 de enero, llegó el 3 de febrero á Bayona. Los representantes de los aliados habían pedido ya sus pasaportes.

El general San Miguel respondió en una nota alta-nera á los enviados de la Rusia, la Prusia y el Austria; esta, no obstante, dejó un cónsul en Madrid. El rey y las cortes se apresuraron á aprobar la nota del ministerio, y el *Universal* del 13 añadió: «Péis vuestros pasaportes, señores. Sea en buen hora; ¡feliz viaje! Lo que nos aflige profundamente es que S. E. se haya creído obligado á tratar de impolítico al embajador de Rusia; pero, por otra parte, debemos reflexionar que sería demasiada exigencia el pretender que un kalmuco fuese tan bien educado como un habitante de los países civilizados de Europa.»

En fin, este es negocio concluido; buen viaje, y

Dios conceda un hermoso tiempo y un buen camino á la trinidad diplomática! Lo que debe consolarnos de tan sensible pérdida es la llegada de lord Sommerset, que es esperado en Madrid de un día á otro, sin contar el general inglés Roch, que ha llegado hace tres días. Vendrá un tiempo en que en la Europa, y principalmente la Francia, podran hablar y acusaran la inepta y criminal conducta de los gobiernos que han obligado á la España á estrechar mas y mas los lazos que la unen á la Inglaterra.»

Es preciso perdonar á la España, país de novelas y romances, el que se crea civilizada, siendo así que no tiene ni caminos reales, ni canales, ni posadas; ¡á la España, que vive en sus soledades! En efecto, yo la hallé muy civilizada en 1807, porque llegaba de Berberia; me entretenía en escuchar á dos pobres niños desnudos cantarnos una larga canción en un camino montañoso entre Algeciras y Cádiz; me complacía en ver hacer mantea por primera vez en Granada, antes de ir á perderme en la Alhambra; me entretenía en sentarme al lado de unos delante de un ancho hogar en Andújar, mientras mi criado me compraba en la carnicería un pedazo de carnero. Soñaba con Pelayo, con el Cid de Burgos y con el Cid de Andalucía, con el caballero de la Mancha y sus leones, con Gil Blas y el arzobispo; y todo esto me embelesaba, mientras fumaba un cigarro, viendo á los toros acometerse en el campo, y escuchando las lejanas armonías de una bandurria. Los moros que robaban hermosas cristianas y que morían en las márgenes de los rios, Rolando, Guillermo el chato; las justas de Sevilla y las mezquitas de Córdoba se presentaban alternativamente en mi memoria. Pero, español, tú eres poeta y no eres mas civilizado que yo; mal que pese á tus instituciones liberales, vivirás como poeta; pero no como sucesor de Mirabeau. No valemos ni tu ni yo un kalmuco por lo tocante á la civilización. Hablamos de nuestros rios, de nuestros valles, de nuestros claustros, de nuestras bellas artes de un momento en que todavía se ven huellas en los desiertos; cállemos por lo tocante á las demás cosas. Rinconete y Cortadillo nos enseñan que cada cual sirve á Dios en el estado á que ha sido llamado.

Por lo tocante á Inglaterra, de la que habla el *Universal*, no necesita que los demás gobiernos la ayuden para estrechar sus relaciones y mantener sus tratados con España: sabe muy bien cómo ha de manejarse para conseguirlo. Ultimamente, creyó tener que reclamar alguna cosa: no se paró tontamente á considerar si el gobierno español tenía ó no tenía colonias, ni el estado de su hacienda, ni si había quedado ó no desolada por Bonaparte, ni si podía ó no temer una guerra con Europa: la Inglaterra no hizo mas que pedir simplemente y amenazar que perseguiría á la marina española si no le pagaban en el acto. Para demostrar mejor su horror á la intervención, reconoció en 1821 el pabellón de las colonias españolas, y se propuso reconocer su independencia por mas que las cortes no quisieren oír hablar de ese particular. El separar el nuevo mundo español del antiguo, no se llama *intervenir* en concepto de la Inglaterra.

Por último, las gracias del *Universal* eran indudablemente del mejor gusto; no les faltaba mas que una sola cosa: cuando Pichegru escribía á un general austriaco: «General, oedme el puesto, de lo contrario os atacaré y batiré;» Pichegru cumplía su palabra; pero el no esperarnos en Madrid, y el irse á Sevilla deseándonos *buen viaje*, ¿no era exponerse á que le devolvieran á tiro su deseo?

Periódicos ingleses.—Dividese la narración.

En tanto que la cuestión no pareció enteramente